

LUIS CERNUDA

Nació en Sevilla en 1902. Hijo de un comandante de ingenieros, se educó en un ambiente de rígidos principios morales y religiosos. Fue un niño tímido, observador, solitario y meditabundo. Sus tempranas aficiones literarias y el descubrimiento de sus tendencias homosexuales contribuyeron a su aislamiento y marginación. En 1919 comenzó a estudiar Derecho en la Universidad de Sevilla (en el primer curso tuvo de profesor a Pedro Salinas). Un año después murió su padre.

En 1923 hace el servicio militar en Caballería y se decide su vocación poética. En 1925 publica sus primeros versos en *Revista de Occidente*. En 1926 se prepara para opositar a Secretario de Ayuntamiento. Dos años después muere su madre. Vende su casa y, después de un viaje a Málaga, en el que conoce a los poetas de la revista *Litoral*, se establece en Madrid. Pedro Salinas le consigue un puesto de lector de español en la Universidad de Toulouse, en donde permanecerá hasta el verano de 1929. En esta época toma contacto con el surrealismo.

Su espíritu de rebeldía y su oposición a las normas morales y sociales se agudizan en los años siguientes. Colabora con las Misiones pedagógicas y en la revista revolucionaria *Octubre*, aunque con lo que sueña es con una España tolerante, liberal, culta y amante de la tradición esmerada.

Durante la guerra apoya a la República (en sus poemas «1936» y «Amigos: Víctor Cortezo» recordará esta época de la vida española). Lee a Vigny y a Leopardi, buenos

profesores de melancolía, mientras siente «en el pecho la angustia, la zozobra y el dolor de todo y por todo». En julio de 1937 participa en el II Congreso de Intelectuales Antifascistas. En febrero de 1938 es invitado a dar unas conferencias en Inglaterra. Nunca más volverá a España. En la década de los años cuarenta enseña Lengua y Literatura españolas en Glasgow (1939-1943), Cambridge (1943-1945) y Londres (1945-1947). Los años de Escocia, sobre todo, le parecieron aborrecibles, pero fueron de gran fertilidad literaria. En 1947 se traslada a Estados Unidos para dar clase en Mount Holyoke College. En 1952 pasa a México, de cuya universidad autónoma será profesor temporalmente. El contacto con este país reafirma su concepción mítica del sur como metáfora del paraíso. En 1960 regresa a Estados Unidos. Solía pasar los veranos en México, en donde muere en 1963.

A su carácter huraño y retraído y a sus dificultades para relacionarse con los demás se han referido numerosas personas que lo trataron. «Difícil de conocer —precisará Salinas—. Delicado, pudorosísimo, guardándose su intimidad para él solo, y para las abejas de su poesía que van y vienen trajinando allí dentro —sin querer más jardín— haciendo su miel. La afición suya, el aliño de su persona, el traje de buen corte, el pelo bien planchado, esos nudos de corbata perfectos, no es más que deseo de ocultarse, muralla de tímido, burladero del toro malo de la atención pública.»

El descubrimiento de Cernuda en España fue tardío. Sin embargo, a partir del final de la década de los sesenta, ejercerá una gran influencia en los poetas españoles más jóvenes.

OBRA POÉTICA

Antes de 1936 publicó: *Perfil del aire* (1927), que obtuvo críticas negativas, *Donde habite el olvido* (1932-33, publicado

en 1934) y *El joven marino* (1936). En 1936 reunió en un volumen, con el título de *La realidad y el deseo*, todo lo publicado hasta entonces (*Perfil del aire* apareció con notables modificaciones y con el título de *Primeras poesías*) y diversos libros que permanecían inéditos, aunque había dado a conocer algunas muestras de los mismos en diversas revistas y en una antología titulada *La invitación a la poesía* (1933). Los títulos de esos libros son: *Égloga, elegía, oda* (1927-1928), *Un río, un amor* (1929), *Los placeres prohibidos* (1931) e *Invocaciones a las gracias del mundo* (1934-1935), en donde incluyó *El joven marino*.

El resto de su producción irá incorporándose también a *La realidad y el deseo*. En la segunda edición (1940) incluyó *Las nubes* (1937-1940). En la tercera (1958), *Como quien espera el alba* (1941-1944, y publicado independientemente en 1947), *Vivir sin estar viviendo* (1944-1949) y *Con las horas contadas* (1950-1956), en donde figuran los *Poemas para un cuerpo*, editados en 1957. *Desolación de la Quimera*, su última obra (1962), pasará, póstumamente, a la cuarta edición de *La realidad y el deseo* (1964).

Cernuda es autor, además, de dos libros en prosa: *Ocnos*, que comenzó en 1940 (la primera edición es de 1942) y terminó en 1963, y *Variaciones sobre tema mexicano* (1952).

Escribió también numerosos ensayos sobre literatura y una obra de teatro, *La familia interrumpida*, escrita al final de la década de los años treinta y publicada en 1985.

EDICIONES

Poesía completa, Barcelona, Barral, 1974. *Prosa completa*, Barcelona, Barral, 1975. *La realidad y el deseo* (se reproduce la edición de 1936), Madrid, Castalia, 1985.

¿Volver? Vuelva el que tenga,
 tras largos años, tras un largo viaje,
 cansancio del camino y la codicia
 de su tierra, su casa, sus amigos,
 del amor que al regreso fiel le espere.

Mas ¿tú?, ¿volver? Regresar no piensas,
 sino seguir libre adelante,
 disponible por siempre, mozo o viejo,
 sin hijo que te busque, como a Ulises,
 sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.

Sigue, sigue adelante y no regreses,
 fiel hasta el fin del camino y tu vida,
 no echés de menos un destino más fácil,
 tus pies sobre la tierra antes no hollada,
 tus ojos frente a lo antes nunca visto.

(*Desolación de la quimera*, 1962)

Cernuda escribió este poema en la etapa final de su vida siempre errante, en la que nunca encontró —o no quiso encontrar— un lugar en donde quedarse y echar raíces. Ya en 1932, como prólogo a la selección de sus poemas, en la primera edición de la conocida *Anto-*

logía de la Poesía Española de Gerardo Diego, había escrito esta radical declaración: «No sé nada, no quiero nada, no espero nada. Y si aún pudiera esperarlo, sólo sería morir allí donde no hubiese penetrado aún esta grotesca civilización que envanece a los hombres.» Desde España, las sucesivas etapas del peregrinaje cernudiano fueron Gran Bretaña, Estados Unidos y, finalmente, México, en donde murió. Siempre tuvo la conciencia intensamente romántica de ser un exiliado del mundo y la necesidad de no permanecer largo tiempo en ningún sitio, de estar siempre dispuesto a la partida, como lo expresó en alguno de los poemas en prosa de *Ocnos* (1942) —véase el texto primero de relación— o en *Historial de un libro* (1958): «Siempre padecí del sentimiento de hallarme aislado y que la vida estaba más allá de donde yo me encontrara; de ahí el afán constante de partir, de irme a otras tierras...».

Así pues, «Peregrino» viene a ser un resumen desolador de esa disposición al desarraigo y una ratificación definitiva en ella. Como en tantos poemas de Cernuda, el yo se dirige a un tú que es un desdoblamiento del propio poeta. La primera palabra es un verbo en infinitivo que interroga de manera indefinida. Los dos primeros quintetos comparten esta característica de comenzar con una pregunta para, a continuación, contestar sin ambages; y, en ambos, el monólogo del poeta se desarrolla de forma dialógica entre el yo y el tú. Desde el comienzo, rechaza el volver a su tierra, a España, y era en un momento en que muchos exiliados empezaban a regresar, pero él se niega a sí mismo, y tajantemente, esa posibilidad, porque allí —que es aquí— nadie le espera. Destaca la referencia a la *Odisea* de Homero, como imagen clásica del regreso del héroe —Ulises— que, una vez cumplida su tarea, vuelve a la patria —Ítaca—, y al hogar en donde le esperan la esposa y el hijo —Penélope y Telémaco. Es el mito de la fidelidad, pero no todos los seres nacieron para ser Ulises o Penélope ni tienen en su corazón una Ítaca que les incite al retorno. Y éste es el caso de nuestro peregrino sin patria, sin mujer ni hijo, que únicamente habrá de ser fiel a su propio caminar, a la incierta senda que le marque el Destino.

En ese intenso postrer diálogo consigo mismo es en el que Cernuda asume valientemente, con total aceptación de todas sus consecuencias, esa fatalidad, en la soledad y en la disponibilidad de un continuo peregrinaje —«ligero de equipaje, / casi desnudo», que dijo Machado—, como ciudadano del mundo.

LUIS CERNUDA (SEVILLA, 1902-CIUDAD DE MÉXICO, 1963)

250. «DONDE HABITE EL OLVIDO...»

Donde habite el olvido,
en los vastos jardines sin aurora;
donde yo sólo sea
memoria de una piedra sepultada entre ortigas
sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

Donde mi nombre deje
al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
no esconda como acero
en mi pecho su ala,
sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.

Allá donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,
sometiendo a otra vida su vida,
sin más horizonte que otros ojos frente a frente.

Donde penas y dichas no sean más que nombres,
cielo y tierra nativos en tomo de un recuerdo;
donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
disuelto en niebla, ausencia,
ausencia leve como carne de niño.

Allá, allá lejos;
donde habite el olvido.

(*Donde habite el olvido*, 1935)

Donde habite el olvido es un conjunto de poemas sin título que pueden considerarse las partes de uno solo, como si fuese un mismo poema con un solo tema pero en dieciséis variaciones. Al frente de estos poemas el poeta escribió: «¿Qué queda de las alegrías y penas del amor cuando éste desaparece? Nada, o peor que nada; queda el recuerdo de un olvido [...] Las siguientes páginas son el recuerdo de un olvido.» El título, que es también el primero y el último verso del poema, está tomado de la Rima LXVI de Bécquer: «En donde esté una piedra solitaria / sin inscripción alguna, / *donde habite el olvido*, / allí estará mi tumba.» El poema tiene una estructura cerrada, pues comienza y termina

exactamente igual, pero sin formular la conclusión, por tener un carácter introductorio y por ser los restantes poemas del libro la respuesta. Sin embargo, ya desde el comienzo, el autor parece querer decir que, ante la experiencia dolorosa de un amor perdido, le atenaza un deseo de aniquilación y total desaparición y quiere sumirse en el más completo silencio, en el total olvido, incluso más allá de los signos externos de la muerte: las lápidas olvidadas, los cementerios, las borrosas inscripciones; para poder así desprenderse del dolor y liberarse de la desesperación que le trae el recuerdo. Libre, pues, de penas y dichas, libre también de sí mismo e incluso de su propio nombre, quiere situarse «allá, allá lejos», en donde el deseo ya no exista y el amor no le atormente: «donde habite el olvido».

251. SER DE SANSUENA

Acaso allí estará, cuatro costados
bañados en los mares, al centro la meseta
ardiente y andrajosa. Es ella, la madrastra
original de tantos, como tú, dolidos
de ella y por ella dolientes.

Es la tierra imposible, que a su imagen te hizo
para de sí arrojarle. En ella el hombre
que otra cosa no pudo, por error naciendo,
sucumbe de verdad, y como pago
ocasional de otros errores inmortales.

Inalterable, en violento claroscuro,
mirala, piénsala. Árida tierra, cielo fértil,
con nieves y resoles, riadas y sequías;
almendros y chumberas, espartos y naranjos
crecen en ella, ya desierto, ya oasis.⁹⁵
Junto a la iglesia está la casa llana,⁹⁶
al lado del palacio está la timba,
el alarido ronco junto a la voz serena,
el amor junto al odio, y la caricia junto
a la puñalada. Allí es extremo todo.

⁹⁵ Veanse estos versos del poema «Canto rabioso de amor a España en su belleza» de Ángela Figueroa: «... playas doradas, ásperos cantiles; / de tierra en tierra con praderas húmedas, / sierras nevadas, florecidos valles, / pardas llanuras, parameras ásperas, / cielos helados, delicadas brisas...» (*Belleza cruel*, 1958).

⁹⁶ *casa llana*: burdel, prostíbulo o casa de lenocinio.

La nobleza plebeya, el populacho noble,
la pueblan, dando terratenientes y foreros,
curas y caballistas, vagos y visionarios,
guapos⁹⁷ y guerrilleros. Tú compatriota,
bien que ello te repugne, de su fauna.

Las cosas tienen precio. Lo es del poderío
la corrupción, del amor la no correspondencia;
y ser de aquella tierra lo pagas con no serlo
de ninguna: deambular, vacuo y nulo,
por el mundo, que a Sansueña y sus hijos desconoce.

Si en otro tiempo hubiera sido nuestra,
cuando gentes extrañas la temían y odiaban,
y mucho era ser de ella; cuando toda
su sinrazón congénita, ya locura hoy,
como admirable paradoja se imponía.

Vivieron muerte, sí, pero con gloria
monstruosa. Hoy la vida morimos
en ajeno rincón. Y mientras tanto
los gusanos, de ella y su ruina irreparable,
crecen, prosperan.
Vivir para ver esto.
Vivir para ser esto.

Mount Holyoke, Massachusetts, diciembre de 1948
(*Vivir sin estar viviendo*, 1958)

A medida que se fue consumando la separación espiritual entre España y Cernuda, la nostalgia primeriza de su tierra⁹⁸—su Andalucía natal y la añoranza del edén perdido de la infancia— se convirtió paso a paso en resentimiento, y el tono de amargura y total negación se acentuó en los últimos años, como puede observarse en *Desolación de la quinera* (1956-1962), la parte más desgarrada del discurso poético de un hombre en permanente exilio y hastiado de vivir tras haber sido arrojado de su patria de la que, sobre todo, desprecia la desconfianza de sus compatriotas hacia todo lo distinto y superior. En «Díptico es-

⁹⁷ *guapos*: hombres pendencieros, jaques, matones, ctulos.

⁹⁸ Véase, por ejemplo, la última estrofa de «Tierra nativa» (Como quien espera el alba, 1941-1944): «Raíz del tronco verde, ¿quién la arranca? / Aquel amor primero, ¿quién lo vence? / Tu sueño y tu recuerdo, ¿quién lo olvida, / tierra nativa, más mía cuanto más lejana?».

pañol» se lee: «Si yo soy español, lo soy / a la manera de aquellos que no pueden / ser otra cosa: y entre todas las cargas / que, al nacer yo, el destino pusiera / sobre mí, ha sido ésa la más dura.»

Es frecuente que la poesía de los exiliados españoles contenga diatribas y condenaciones a «aquella España», la de los vencedores de la Guerra Civil, pero siempre mantienen la añoranza y la nostalgia de la patria perdida. En cambio, Cernuda, en su hipersensibilidad, parece que está condenando sin paliativos todo lo español, y, sin embargo, aunque parezca que lo desea, tampoco él puede desligarse totalmente. Incluso, algunas veces, por debajo de tanta amargura y resentimiento y, más allá de esa su visión tan negativa y en curiosa contradicción, se entrevé la obsesión y la necesidad de una España que aparentemente abomina y, desde luego, el deseo de haber pertenecido a otra que, ni cerrada ni rencorosa, fuera más real, más viva, más noble y tolerante, «según la tradición generosa de Cervantes» o de Pérez Galdós, una España que mirara hacia el futuro y no al pasado, y que era la única que Cernuda juzgaba verdadera⁹⁹.

Sansueña es el nombre de una ciudad mítico-legendaria de la España del interior que se nombra en los romances del ciclo carolingio, para denominar, simbólicamente, la «España perdida» bajo el poder musulmán. A ella hacen referencia, también, diversas obras de la literatura española posterior, como, por ejemplo, «Profecía del Tajo» de fray Luis de León, que la sitúa próxima a Toledo, o el capítulo XXVI de la Segunda Parte del *Quijote*, en que Cervantes la identifica con la actual Zaragoza, siguiendo así los romances antedichos. Aquí, «Sansueña» es para Cernuda un topónimo generalizador de la realidad total de España, de «aquella» que para él fue «una patria perdida» por una violencia que, en efecto—como la trágica «pérdida de España» en el 711—, se gestó, de hecho, en tierras del norte de África y por miltares africanistas.

El poeta lanza este durísimo denuesto, que no deja de ser una negra verdad, sobre la sinrazón congénita de esta tierra de violentos contrastes en la que se juntan y revuelven, como en el clima, el paisaje y las costumbres, los aspectos más opuestos y contradictorios («Allí es extremo todo»). Una tierra de larga y gloriosa historia, aunque siempre ardua, pero en la que, en el «hoy» de Cernuda, en medio de una «ru-

⁹⁹ Como dice la última estrofa del poema II de «Díptico español»: «La real para ti no es esa España obscura y deprimente / en la que regentea hoy la canalla, / sino esta España viva y siempre noble / que Galdós en sus libros ha creado, / de aquella nos consuela y cura ésta» (*Desolación de la quinera*, 1956-1962).

ción de su pobreza. // Nuestra famosa inmemorial pobreza, / cuyo origen se pierde en las historias / que dicen que no es culpa del gobierno / sino terrible maldición de España, / triste precio pagado a los demonios / con hambre y con trabajo de sus hombres. // A menudo he pensado en esos hombres, / a menudo he pensado en la pobreza / de este país de todos los demonios. / Y a menudo he pensado en otra historia / distinta y menos simple, en otra España / en donde sí que importa un mal gobierno. // Quiero crear que nuestro mal gobierno / es un vulgar negocio de los hombres / y no una metafísica, que España / debe y puede salir de la pobreza, / que es tiempo aún para cambiar su historia / antes que se la lleven los demonios. // Porque quiero crear que no hay demonios. / Son hombres los que pagan al gobierno, / los empresarios de la falsa historia, / son hombres quienes han vendido al hombre, / los que le han convertido a la pobreza / y secuestrado la salud de España. // Pido que España expulse a esos demonios. / Que la pobreza suba hasta el gobierno. / Que sea el hombre el dueño de su historia» (*Morbididades*, 1966).

252. PEREGRINO

¿Volver? Vuelva el que tenga,
tras largos años, tras un largo viaje,
cansancio del camino y la codicia
de su tierra, su casa, sus amigos,
del amor que al regreso fiel le espere.

Mas ¿tú?, ¿volver? Regresar no piensas,
sino seguir libre adelante,
disponible por siempre, mozo o viejo,
sin hijo que te busque, como a Ulises,
sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.
Sigue, sigue adelante y no regreses,
fel hasta el fin del camino y tu vida,
no echés de menos un destino más fácil,
tus pies sobre la tierra antes no hollada,
tus ojos frente a lo antes nunca visto.

(*Desolación de la quimera*, 1962)

Cernuda escribió este poema en la etapa final de su vida siempre errante, en la que nunca encontró —o no quiso encontrar— un lugar en donde quedarse y echar raíces. Ya en 1932, como pórtico a la selección de sus poemas, en la primera edición de la conocida *Anto-*

logía de la Poesía Española de Gerardo Diego, había escrito esta radical declaración: «No sé nada, no quiero nada, no espero nada. Y si aún pudiera esperar, sólo sería morir allí donde no hubiese penetrado aún esta grotesca civilización que envanece a los hombres.» Desde España, las sucesivas etapas del peregrinaje cernudiano fueron Gran Bretaña, Estados Unidos y, finalmente, México, en donde murió. Siempre tuvo la conciencia intensamente romántica de ser un exiliado del mundo y la necesidad de no permanecer largo tiempo en ningún sitio, de estar siempre dispuesto a la partida, como lo expresó en alguno de los poemas en prosa de *Ocnos* (1942) —véase el texto primero de relación— o en *Historial de un libro* (1958): «Siempre padecí del sentimiento de hallarme aislado y que la vida estaba más allá de donde yo me encontraría; de ahí el afán constante de partir, de irme a otras tierras...».

Así pues, «Peregrino» viene a ser un resumen desolador de esa disposición al desarraigo y una ratificación definitiva en ella. Como en tantos poemas de Cernuda, el yo se dirige a un tú que es un desdoblamiento del propio poeta. La primera palabra es un verbo en infinitivo que interroga de manera indefinida. Los dos primeros quintetos comparten esta característica de comenzar con una pregunta para, a continuación, contestar sin ambages; y, en ambos, el monólogo del poeta se desarrolla de forma dialógica entre el yo y el tú. Desde el comienzo, rechaza el volver a su tierra, a España, y era en un momento en que muchos exiliados empezaban a regresar, pero él se niega a sí mismo, y tajantemente, esa posibilidad, porque allí —que es aquí— nadie le espera. Destaca la referencia a la *Odisea* de Homero, como imagen clásica del regreso del héroe —Ulises— que, una vez cumplida su tarea, vuelve a la patria —Ítaca—, y al hogar en donde le esperan la esposa y el hijo —Penélope y Telémaco. Es el mito de la fidelidad, pero no todos los seres nacieron para ser Ulises o Penélope ni tienen en su corazón una Ítaca que les incite al retorno. Y éste es el caso de nuestro peregrino no sin patria, sin mujer ni hijo, que únicamente habrá de ser fiel a su propio caminar, a la incierta senda que le marque el Destino.

En ese intenso postrar diálogo consigo mismo es en el que Cernuda asume valientemente, con total aceptación de todas sus consecuencias, esa fatalidad, en la soledad y en la disponibilidad de un continuo peregrinaje —«liger de equipaje, / casi desnudo», que dijo Machado—, como ciudadano del mundo.

1. «Desde siempre tuviste el deseo de la casa, tu casa, envolviéndote para el ocio y la tarea en una atmósfera amiga. Mas pri-

mero no supiste (porque eso lo aprenderías luego, a fuerza de vivir entre extraños) que tras de tu deseo, mezclado con el, estaba otro: el de un refugio con la amistad de las cosas. Afuera aguardaría lo demás, pero adentro estarías tú y lo tuyo.

Un día, cuando ya habías comenzado a rodar por el mundo, soñando tu casa, pero sin ella, un acontecer inesperado te deparó al fin la ocasión de tenerla. Y la fuiste levantando en torno de ti, sencilla, clara, propicia: la mesa, el diván, los libros, la lámpara —atmósfera que llenaban con su olor algunas flores de temporada.

Pero era demasiado ligera, y tu vida demasiado azarosa, para durar mucho. Un día, otro día, desapareció tan inesperada como vino. Y seguiste rodando por tantas tierras, alguna que ni hubieras querido conocer. Cuántos proyectos de casa has tenido después, casi realizados en otra ocasión para de nuevo perderlos más tarde.

Sólo cuatro paredes, espacio reducido como la cabina de un barco, pero tuyo y con lo tuyo, aun a sabiendas de que su abrigo pudiera resultar transitorio; ligera, silenciosa, sola, sin la presencia y el ruido ofensivos de esos extraños con los que tantas veces ha sido tu castigo compartir la vivienda y la vida; alta, con sus ventanas abiertas al cielo y a las nubes, sobre las copas de unos árboles.

Pero es un sueño al que ya por imposible renunciabas, aunque sea realidad de todos a la que no puedes aspirar. Resistir es demasiado pobre y cambiante —te dices, escribiendo estas líneas de pie, porque ni una mesa tienes; tus libros (los que has salvado) por cualquier rincón, igual que tus papeles. Después de todo, el tiempo que te queda es poco, y quién sabe si no vale más vivir así, desnudo de toda posesión, dispuesto siempre para la partida» (Luis Cernuda, «La casa», en *Ornos*, 1942).

2. Hay un bello poema de Ángel González, titulado «El derrotado», que, aunque en la intención del autor parece ser que glosa, líricamente, a un hermano suyo llamado Pedro, dolorosa y trágicamente exiliado al final de la Guerra Civil Española, sin embargo, en la situación y actitud del personaje coincide con el Cernuda de «Peregrino»: «Atrás quedaron los escombros: / humeantes pedruzcos de tu casa, / veranos incendiados, sangre seca / sobre la que se cebaba —último buitre— / el viento. / Tú emprendes viaje hacia delante, hacia / el tiempo bien llamado porvenir. / Porque ninguna tierra / posees, / porque ninguna patria / es ni será jamás la tuya, / porque en ningún país / puede arraigar tu corazón deshabitado. / Nunca —y es tan sencillo— / podrás abrir una cancela / y decir, nada más: “Buen día, / madre.” / Aunque efectivamente el día será bueno, / haya trigo en las eras, / y los árboles / extiendan hacia ti sus fatigadas / ramas, ofreciéndote /

frutos y sombra para que descanses»¹⁰⁰ (*Sin esperanza, con conciencia*, 1961).

253. DESPEDIDA

Muchachos

que nunca fuisteis compañeros de mi vida,
adiós.

Muchachos

que no seréis nunca compañeros de mi vida,
adiós.

El tiempo de una vida nos separa

infanqueable:

a un lado la juventud libre y risueña;
a otro la vejez humillante e inhóspita.

De joven no sabía

ver la hermosura, codiciarla, poseerla;
de viejo la he aprendido

y veo a la hermosura, mas la codicio inútilmente.

Mano de viejo mancha

el cuerpo juvenil si intenta acariciarlo.

Con solitaria dignidad el viejo debe

páasar de largo junto a la tentación tardía.

Frescos y codiciables son los labios besados,

labios nunca besados más codiciables y frescos aparecen.

¿Qué remedio, amigos? ¿Qué remedio?

Bien lo sé: no lo hay.

Que dulce hubiera sido

en vuestra compañía vivir un tiempo:

bañarse juntos en aguas de una playa caliente,

compartir bebida y alimento en una mesa.

Somreír, conversar, pasearse

mirando cerca, en vuestros ojos, esa luz y esa música.

Seguid, seguid así, tan descuidadamente,

atrayendo al amor, atrayendo al deseo.

¹⁰⁰ Cernuda había escrito en «Guerra y paz», también de *Ornos*: «Atrás quedaba tu tierra sangrante y en ruinas [...] Y sin volver los ojos ni presentar el futuro, saliste al mundo extraño desde tu tierra en secreto ya extraña.»

No cuidéis de la herida que la hermosa vuestra y vuestra gracia abren en este transeúnte inmune en apariencia a ellas.

Adiós, adiós, manojos de gracias y donaires.

Que yo pronto he de irme, confiado,
adonde, anudado el roto hilo, diga y haga
lo que aquí falta, lo que a tiempo decir y hacer aquí no supe.

Adiós, adiós, compañeros imposibles.

Que ya tan sólo aprendo
a morir, desecando
veros de nuevo, hermosos igualmente,
en alguna otra vida.

Ciudad de México, abril de 1961 (*Desolación de la quinera*, 1962)

Parfraseando la letra del conocido tango argentino «Adiós, muchachos, compañeros de mi vida...», comienza Cernuda uno de sus últimos poemas que es un verdadero «adiós al amor y a la vida»; pero el poeta no se despidе, como suele ser frecuente y como él mismo lo hizo en otros poemas suyos, de sus amigos o amantes, más o menos ocasionales; sino que, con gran originalidad, de quienes se despidе Cernuda es de aquellos jóvenes varones que ni han sido compañeros de su vida ni habrían de serlo ya jamás. A sus sesenta años se siente ya viejo y le parece que esa vejez constituye una barrera infranqueable que impide sus deseos de conquista —sea amistad, amor o seducción— de los muchachos que pasan a su lado. Ahora, Cernuda ha aprendido lo que en la juventud no sabía: reconocer la belleza, «codiciarla, poseerla», y, sin embargo, siente su mano sucia en contraste con la tersura juvenil, así que, con una actitud severa y contenida por la dignidad o por el orgullo, «pasa de largo junto a la tentación tardía», que, estimulada por el deseo insatisfecho, aún lanza al vuelo su fantasía al imaginar la dulzura del encuentro con los bellos muchachos imposibles.

En las dos últimas estrofas resuena la despedida de Cervantes en el prólogo a *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617). Además de expresar —como es casi tópico en las despedidas— los buenos deseos para los jóvenes que continuarán el viaje de la vida, él, por el contrario, ha de aprender a morir y aceptar la muerte como medio para conseguir la plenitud que en vida no ha tenido y, así, en un futuro misterioso, podrá encontrarse de nuevo con aquellos jóvenes «hermosos igualmente».

1. El conocido tango argentino al que antes nos hemos referido fue compuesto en 1927 por Julio César Canders, con letra de César Felipe Valdani, y dice así en su primera parte: «Adiós, muchachos, compañeros de mi vida, / barra quenda de aquellos tiempos. / Me toca a mi hoy emprender la retirada, / debo alejarme de mi buena muchachada. / Adiós, muchachos. Ya me voy y me resigno [...] / Se terminaron para mí todas las faras, / mi cuerpo enfermo no resiste más [...] / Acuden a mi mente / recuerdos de otros tiempos, / de los bellos momentos / que antaño disfruté, / cerquita de mi madre, / santa viejita, / y de mi novicita / que tanto idolatré...», etc.

2. El 19 de abril de 1961 y ya gravemente enfermo, Miguel de Cervantes escribió al frente de su última novela, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, esta impresionante dedicatoria al conde de Lemos: «Puesto ya el pie en el estribo, / con las ansias de la muerte, / gran señor, ésta te es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies de vuestra excelencia [...] Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos...» Aquel mismo día —martes, 19 de abril— o al día siguiente, el gran escritor escribió el prólogo de dicha novela, en el que dice: «Mi vida se va acabando, y al paso de las etiméides de mis pulsos, que, a más tardar, acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida.» Y se despidе de sus lectores con las palabras que Cernuda parafrasea: «*Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos, que yo me voy murriendo y desecando vuestros prestos contentos en la otra vida.*» Pero Cervantes no llegó al domingo, pues murió el viernes, 22 de abril de 1616.

3. En nota al artículo «La palabra edificante», que sigue siendo uno de los más clarividentes sobre Cernuda, escribió el mexicano Octavio Paz (1914-1998) esta semblanza: «¿Era un hombre difícil, como se repite, o le hicimos nosotros difícil la vida? [...] Lo encontré siempre tolerante y cortés; amigo leal y buen consejero, tanto en la vida como en la literatura. Era tímido pero no cobarde; era reservado pero también franco. La moderación de su lenguaje daba firmeza a su rechazo de los valores de nuestro mundo. Respetaba los gustos y opiniones ajenos y pedía respeto para los suyos. Su intransigencia era de orden moral e intelectual: odiaba la inautenticidad (mentira e hipocresía) y no soportaba a los necios ni a los indiscretos. Era un ser libre y amaba la libertad en los otros. Cierzo, a veces, sus reacciones eran exageradas y sus juicios no eran siempre justos ni piadosos. ¿En nuestro medio no es mejor pecar por intransigencia que por complicidad literaria, política o de camarilla? Tuvo (poquísimo) amigos, no compinchos. Rompió con varios, a veces con razón, otras sin ella; en todo caso, exigía fide-»